



Un tipo con más recursos

[1]



y más seguro de sí mismo de lo que yo era; más capaz de con sus propios medios y valiéndose tan sólo de sus dotes de improvisación saber idear, maquinando una treta o ardid mediante el cual hacer prosperar y llevar a buen puerto su propósito — “mi propósito”, en realidad — de zanjar un asunto tan engorroso de la manera más limpia posible y presentarse tan fresco ante su amigo — es decir, “mi amigo” — alegando con cara triste y tono compungido que todo, absolutamente todo se había perdido ya por extravío¹ ya por (como en algún momento se consideró pero no se llegó quizás a tomar del todo en serio) aquel asunto del café que alguien tuvo la mala sombra de derram...

Pero, ¿cuánto podía importar ya eso?

¹ La familia Ramírez no era una de esas familias ni estiradas ni con posibles como para tener una criada, pero tampoco se contaba con ninguna constancia de que no hubiese alguna asistenta que atendiese la casa — la señora Ramírez madre ya era una mujer de cierta edad y aunque se conservaba bien daba la sensación de ser persona poco vital y de movimientos lentos o tal vez algo apática (“una mujer de poco arremango”, que diría mi madre), y posiblemente con atender a su marido, prácticamente postrado, todo el día allí sentado en su sillón con su mantita a cuadros sobre las rodillas, ya tenía trabajo bastante como para ocuparse además de mantener un hogar y cinco personas en orden; y la señora de Ramírez (hijo), es decir, Sonia, me daba a mí la impresión de funcionar a su aire, regresando a media tarde de un día primaveral y perfectamente soleado con el cabello chorreando y protestando de “esta maldita lluvia” y solicitando una taza de café muy expeditiva —, por horas, un par de días por semana, y que descuidada o empujada por las prisas agarrara la carpeta y la guardase sin fijarse dónde (o la tirase a la basura; a la prima Berta le pasó una vez, tan despistada, metió el cenicero lleno de colillas en la nevera y luego todo el mundo se volvió medio loco buscando por todas partes unos filetes de lomo de añejo) y, luego, cuando se le preguntase, diría “¿qué carpeta?, yo no he tocado nada”.

Un tipo con más recursos

[2]

Cuánto podía importar cuando los hechos, consumados y de vuelta ya nosotros cariacontecidos y malhumorados porque no hubo forma — o, bueno, para ser exactos no es que no la hubiera, pero cuando llegamos al Cofee & Shop de la Carrera de San Jerónimo, el que estaba justo enfrente de la tienda de novias, lo habían cerrado; y no cerrado por descanso del personal o porque fuese tarde, que además tampoco lo era tanto, sino “cerrado”, definitivamente y el local lo ocupaba ahora un establecimiento dedicado a la venta de juguetes eróticos aunque, para contarlo todo con precisión, la tienda de novias era ahora una de esas oficinas desde la que se puede enviar dinero a cualquier parte del mundo; pero la tienda de maletas que había al lado continuaba ahí aunque con las maletas más modernas y ya con ruedas — de encontrar a [la chica de las botitas](#), fueron bastante más dramáticos y descorazonadores de lo jamás imaginado, absolutamente frustrantes y como para quitarle a uno la poca fe que le queda en sus congéneres porque fue el chico mayor, el tan sensato él y tan aplicado y tan responsable, tan paciente para con el abuelo traduciendo su lenguaje de signos, el que dijo con absoluta frialdad y tono perfectamente sereno:

– Sí, he sido yo, ¿qué pasa?

– ¿Tú? — Yo, perplejo y sin acertar a dar crédito.

– Sí — él, muy cruzado de brazos y alzando con insolencia su barbilla —: y no se alborote. Lo he hecho por su bien.

– ¿Por mi bien?

– Sí.

Un tipo con más recursos

[3]

- ¿No huele aquí raro? — Preguntó Ramírez resoplando cuando entró en la habitación, desabrochándose el abrigo después de dejar al pequeño en la suya.

- ¿Por mí? — Insistí, sin presta (francamente irritado) atención a cierto olorcillo en verdad extraño — ¿Pero en qué cabeza cabe que...

- ¡Por supuesto que no!, naturalmente... En absoluto he pretendido... — Ramírez, sacándose con gesto concentrado una de las mangas —; pero, no sé... A algo como chamusquina¹.

- El fuego — adujo el chico — lo purifica todo y... — me miró a los ojos un instante, pestañeó y agregó —: sus páginas, usted perdone, eran malísimas.

- ¡Maldito mocoso!

- ¿Quién ha dicho — Ramírez, con la otra manga a medias y los ojos como platos — “¡maldito mocoso!”?

- Pues yo — indignado, muy en mi papel en mi afán de convencer a mi amigo de que yo era del todo inocente —, ¿quién iba a decirlo? — Y mirando al chico con ojos de asesino —: ¡Un chico que parecía tan modoso, tan sensato, tan aplicado...

- Oh, por favor — la abuela, a mí —; es muy comprensible... y de agradecer, su buena voluntad; pero negar la evidencia no va a solucionar nada —. Y dedicando una mirada lenta, parpadeante, a su esposo en la butaca, en tono alto y claro como quien está declamando en un escenario y ha de ser oído hasta en la última fila del tercer anfiteatro —: Ha sido él.

- No se lo crea — Sonia, con semblante apesadumbrado, tras un suspiro muy profundo —; parece un dechado de virtudes, pero... ¡si una hablara! El lunes pasado, sin ir más lejos, telefoneó el director del colegio que había hecho el muy bribón novillos...

- Es que — el hermano pequeño emergiendo, restregándose los ojos, ~~de su última fila de anfit~~ (perdón), quise decir “del profundo sueño en el que permanecía sumido allí, en el sofá, donde su padre minutos antes lo dejara”.

- ¡Pero si yo lo había llevado a la habitación! — exclamó Ramírez quitándose por fin el abrigo y encarándoseme con el ceño fruncido.

- Es que así — Sonia, que pese a sus excentricidades y esas carcajadas extemporáneas que soltaba de vez en cuando se comportaba a veces como una persona sensata —, sólo de viva voz y teniendo que memorizar, llevarlo todo en la cabeza... ¿no tenemos folios en alguna parte?

- Es que en esta casa no somos muy de...

- ¿Y eso quién lo ha dicho?

- Otra vez él — la abuela, que tal vez cansada a tan altas horas de la noche había perdido fuelle y, esta vez, no se la hubiese oído ni desde el primer palco de platea. Tal vez por eso nadie le hizo caso.

- Pues como que es verdad — el chico mayor, que se nos había vuelto así sin esperarlo bastante insolente. Y agregó —: Hasta que vino este chupatintas no se tuvo en esta casa el menor contacto con las letras...

- Pues tú — su padre — siempre has traído muy buenas notas.

- Pero en matemáticas — él —. Eso son ciencias.

- Pues trae un cuaderno tuyo — la madre — aunque sea.

- ¡Cielo santo, pero yo estoy hecha polvo! — La abuela — Os marchasteis todos y hoy, encima, no tocaba la psicoterapeuta...

- “Fisioterapeuta”, mamá — Ramírez.

-... bueno. Le he tenido que hacer yo la rehabilitación y... ¿Es que no habrá otro momento para que *este* — “este” en cursiva, para poner de relieve y manifiesto que, como ya se apuntó en su momento, no era el mayor el nieto predilecto de la señora Ramírez madre — exhiba sus conocimientos ante este caballero?

- Oh, mamá — Sonia llamaba casi siempre a su suegra “mamá”, aunque sin dejar de tratarla de “usted” —; es sólo para que él (por mí) pueda tomar algunas notas; no vamos a ser capaces de recordar esta conversación tan... confusa, hablando todos a la vez y cada cual a lo suyo; ¿no lo comprende?

- Mirad — Completamente espabilado ya el niño pequeño que, señalando al anciano —: El abuelo quiere decirnos algo, está moviendo los brazos.

- No lo comprendo — Replicó, escueta, la señora de Ramírez padre.

Tampoco yo lo comprendía, pero no le concedí al hecho (tan extraño en verdad) la menor importancia

porque, en primer lugar, una vez destruido el manuscrito (aunque fuese por motivos que yo no había alcanzado a imaginar) en la nueva versión (si es que llegaba a haberla) la mudez del anciano se podría obviar y, en segundo lugar, porque de todas formas mi obra estaba siendo de ficción, y en la ficción suceden cosas increíbles que el lector suele tragarse no ya sin rechistar sino encantado, además.

Así que, como ya estaba prácticamente amaneciendo (y so pretexto de que debía regresar a casa para descorrer la cortina de Indalecio y cambiarme de muda tras ducharme para acudir puntual a mi despacho), me despedí de la familia Ramírez y salí por la puerta con las manos no del todo vacías pero sí ocupadas, tan sólo, con el marcapáginas del libro de Slaughter de la fisioterapeuta y algunas facturas y las pocas recetas² (los Ramírez eran gente de buena salud) que mostraría a mi amigo contándole que aquello era todo cuanto había sobrevivido de “nuestro” (porque diría “nuestro” para que

² que en cuanto llegara a casa guardaría en la carpeta destinada a ir recopilando notas sueltas y apuntes de ideas que me venían a la cabeza sin coherencia ni relación alguna (ni entre sí ni con el argumento de una historia que amenazaba, tan sin sentido, con venirse debajo de un momento a otro) pero que mi amigo se obstinaba en que era conveniente el conservar “del mismo modo — aducía — que amontonamos en los cajones objetos inservibles engañándonos con que en el momento más inesperado tendrán una utilidad que por el momento no estamos encontrando” pero que, cuando la ocasión se presentase... Y, por no desviarnos del tema que nos estuviese ocupando en el momento aduciendo yo que cuando la ocasión se presentase no recordaría ni el objeto ni el cajón y replicando él que... Pero, bueno, eso no importa ahora; el caso es en resumidas cuentas que sí, que por evitar discusiones yo tenía en alguna parte una carpeta, y que en esa carpeta yo almacenaba las notas sueltas y los apuntes de ideas a los que se alude en el segundo renglón de este mismo pie de página que, que no se me olvide, es la número 6 del archivo titulado Un tipo con más recursos.

Un tipo con más recursos

[7]

él viese que me sentía implicado) ambicioso proyecto tras la quema.

ⁱ La expresión “oler a chamusquina” tenía, al menos en la España de aquella época, el sentido de “recelo de que una discusión termine en riña, también cuando una cosa no es correcta o legal”. (Dichos y Proverbios Populares. José Luis González. Edimat)